

Fernando Ortiz Monasterio

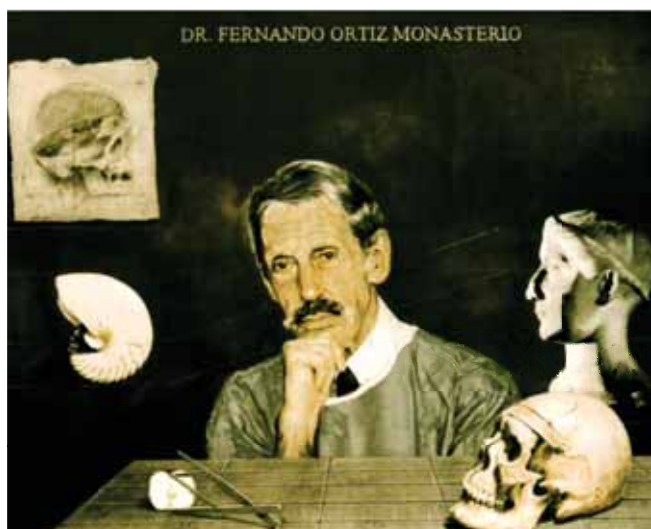
Dr. Ignacio Trigós Micoló*

Una brillante llama en la Medicina Mexicana y de la Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva mundial se ha extinguido. El doctor Fernando Ortiz Monasterio y de Garay falleció en paz el pasado 31 de octubre del 2012. Su luz no se apagará por muchos años, seguirá brillando como la extensa y amplia cola de un cometa que todo lo ilumina a su paso; aunque su núcleo ya se haya ido, su luz, ejemplo y enseñanzas durarán por siempre. El querido Maestro a través de sus enseñanzas, investigaciones y adaptaciones quirúrgicas seguirá entre nosotros.

Su cautivadora personalidad estará vigente con ejemplos, vivencias y su particular forma de encarar la vida prevalecerán entre los que tuvimos la oportunidad de compartir su tiempo.

Entre una gran cantidad de documentos y borradores que compartimos, encontré un pequeño libro escrito por Don Fernando. Se trata de una edición limitada y particular que escribió el Profesor Ortiz Monasterio sobre un «*In memoriam* y Obituario» que dedicó a su gran amigo Paul Tessier. Lo revisé con especial atención para captar sus sentimientos por él escritos ante tal pérdida, similar a la que ahora tenemos nosotros. El mensaje resultó muy emotivo y personalizado y, por esa misma razón, decidí no utilizar esas ideas propias, ahí plasmadas, y dejar fluir mis sentimientos y recuerdos de una vida juntos por más de 50 años para escribir lo que a continuación podrán leer.

Los mecanismos y requisitos curriculares para ser nominado, valorado, aceptado y galardonado como



* Cirujano plástico en práctica privada, Ciudad de México.

Profesor Emérito de la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, en toda su historia hasta el año de 1996, sólo lo habían logrado 24 destacadas personalidades médicas del país: Ortiz Monasterio fue el número 25.

Ahora, sus méritos académicos, profesionales y humanos le alcanzaron para más, ya que, en el año 2010 recibió de manos del Rector sus insignias, toga, medalla y birrete como Profesor «*Honoris causa*» de nuestra máxima casa de estudios en México. Poco después me confesó, con profunda emoción, que dicho acto significó «El más grande honor por Él recibido». Sesenta años de su vida dedicados a nuestra Universidad, con gran productividad, así se vieron reconocidos.

Nacido en la Ciudad de México el 23 de julio de 1923, estudió Medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), tuvo adiestramiento de postgrado en Cirugía General de 1946 a 1952 en el Hospital General de México de la SSA; desde ahí, ingresó a las actividades docentes desde su etapa de estudiante aun antes de su recepción profesional. Su destino estaba marcado y, desde entonces, nunca se separó de dichas actividades salvo en un corto lapso cuando, en 1952, ya casado con su inseparable Leonor y con sus primeros tres hijos y uno más por llegar, decidió trasladarse a los Estados Unidos de Norteamérica a estudiar una nueva rama de la cirugía que ofrecía un amplio panorama de innovaciones, técnicas y oportunidades.

Tres años duró esa aventura, los dos primeros con su profesor Truman Blocker en Galveston, Texas y el tercero visitando diversos profesores como: Koch, Mason y Allen en Chicago, Barret Brown, Byars y McDowell en St. Louis Missouri. A su regreso a México, enfrentándose a una práctica médica totalmente desconocida en nuestro medio, tuvo un arranque difícil pero, con su natural habilidad, supo informar de las bondades de nuestra especialidad y su natural incor-

poración a los servicios asistenciales. Fundó en el Seguro Social el primer servicio de Cirugía de Mano y Quemaduras en el año de 1955. Al año siguiente pasa al Hospital General de México como Jefe del Servicio de Cirugía Plástica y Reconstructiva, un gran logro. Ese puesto lo conserva hasta el año de 1977. Durante 21 años creó una verdadera Unidad Hospitalaria y la primera Residencia Médica de Especialidad con reconocimiento universitario en este país (1957).

Debe reconocérsele también la creación, integración y consolidación de la primera Clínica Multidisciplinaria para la atención de pacientes con fisuras labio palatinas y posteriormente la organización de la Unidad Móvil Rural (1968) para la detección y atención integral especializada de esos pacientes en su propia área geográfica dando lugar desde entonces, y hasta la actualidad, a los programas permanentes de Cirugía Extramuros a nivel nacional, ejemplo ahora adoptado por otras especialidades quirúrgicas.

Con el afán de ofrecer a sus pacientes lo más sofisticado del desarrollo de la especialidad, viajó en 1969 con el fin de aprender de su —ya desde tiempo antes— amigo Paul Tessier el desarrollo de la cirugía craneofacial. Con el tiempo logró no sólo modificar las técnicas originales sino crear nuevas variantes quirúrgicas que pronto sobrepasaron a la Escuela Francesa, naciendo así la Escuela Mexicana en donde se han entrenado muchos, ahora destacados cirujanos, del mundo entero.

Para el año de 1977, emigró con parte de su equipo del Hospital General de México al Hospital General «Dr. Manuel Gea González» en el sur de la ciudad de México. Llegó ahí como Director General del Hospital, nombramiento que le abrió la posibilidad de integrar una División de Cirugía Plástica, Estética y Reconstructiva en dicha Institución. Su productividad asistencial y capacidad organizativa le permitieron aplicar en el Gea González los adelantos de la especialidad en todas sus ramas como eran los nuevos colgajos miocutáneos, la microcirugía reconstructiva, el uso y desarrollo de expansores tisulares como ejemplos y, fomentar la investigación clínica y básica, además de las deformidades craneomaxilofaciales. En dicha sede, se instituyó un nuevo curso de especialistas con reconocimiento de la División de Postgrado de la misma UNAM.

Ortiz Monasterio siempre supo integrar un verdadero equipo de profesionales, quienes absorbimos la mística, calidad y productividad del profesor. Al dejar la Dirección del Hospital Gea González (1984), se reintegró a las filas y las trincheras del trabajo médico con más fuerza que nunca. Sus actividades quirúrgicas, docentes y de investigación —que nunca descuidó— siguieron un camino ascendente. La distracción



ósea nació. Los avances obtenidos en la detección de deformidades congénitas antes del nacimiento con el desarrollo y práctica de la cirugía intrauterina es otro ejemplo de la actividad productiva de Don Fernando.

Paralelamente, su práctica privada era intensa y se dio tiempo para desempeñar otras actividades que le permitieron ocupar cargos y puestos relevantes como participar en la fundación del Consejo Mexicano de Cirugía Plástica y Reconstructiva A.C., (1967) del que luego fue su presidente (1974-76), de la Asociación Mexicana de Cirugía Plástica y Reconstructiva (presidente 1969-1971), Director de la Fundación Docente de la Federación Iberoamericana de Cirugía Plástica, la creación del Concurso Nacional de Residentes de la especialidad (1971), idea que posteriormente fue transferida a la propia Federación con el Concurso Internacional de Residentes que se inició en Quito, Ecuador, en 1972.

Sus grados de «Doctor Académico» tanto de la Academia Mexicana de Cirugía (1962) como de la Academia Nacional de Medicina (1963, presidente de la misma en 1974), le facilitaron la publicación de su primer libro sobre Cirugía de la Mano. Fue miembro distinguido del Patronato de restauración del antiguo Palacio de la Antigua Escuela de Medicina donde ahora se puede visitar el «Salón de los Profesores Eméritos» y el Museo de Cirugía Craneofacial de Ortiz Monasterio inaugurado hace ya dos años, donde se destaca su productividad en este campo, con una museografía de primer nivel, digna de su estilo personal.

Entre 1976 y 1980 fue presidente del Comité Internacional de *Cleft Palate and Related Craneofacial Anomalies* y del IV Congreso Internacional celebrado en Acapulco, Gro., en 1980, donde inauguró el evento dándole la bienvenida a los asistentes en 12 diferentes idiomas.

En 1988 ocupa el cargo de presidente de la *American Association of Plastic Surgeons*, asociación «elitista» del más alto rango de exclusividad científica y profesional en donde, «los unos sólo hablan con sus pares y éstos sólo hablan con Dios». Ortiz Monasterio fue el segundo presidente no americano y el único latino que ha tenido tal distinción. Durante su gestión, se destacó por dar un toque de Elegancia Latina a todos sus eventos. La convivencia fue cálida y de alto, muy alto nivel académico.

Cuando en 1951 se publicó el primer artículo científico en que aparece su nombre, seguramente Ortiz Monasterio ya imaginaba su potencial que lo llevó a publicar 215 artículos más y 8 libros de cirugía que ahora entrarán a la clasificación de «clásicos».

Como testimonio a su capacidad humana y profesional, recibió condecoraciones y reconocimientos en México, España, Bolivia, Perú, Francia, Alemania, Australia,



Estados Unidos, Inglaterra, Argentina y Uruguay así como nombramientos *Honoris causa* en varias universidades latinoamericanas y europeas aparte de la de México. Siempre fue un sobresaliente comunicador y fue seleccionado como conferencista magistral en múltiples ocasiones alrededor del mundo entero.

Como Profesor de la UNAM tuvo la satisfacción de «Educar» a más de 500 escolares extranjeros y más de 200 mexicanos que se entrenaron con él. Estos individuos ahora pueden presumir de tener el sello de «Hechos en FOM». Su desmedida generosidad académica no se compara con su capacidad de ser Profesor de la Vida que fue su distintivo particular, razón por la cual llegó a ser el docente más solicitado internacionalmente y es por eso que me permití, ahora, utilizar el término de «Educar» y no sólo entrenar.

Después de leer hasta aquí, quien no lo haya conocido personalmente, podría encasillar este personaje como un individuo aburrido y sin más matices que su gran pasión por la Medicina... ¡Nada más erróneo! Ortiz Monasterio fue un hombre divertido, cautivador, ágil, optimista, inquieto y polifacético.

Al médico e investigador destacado podemos agregarle –con méritos suficientes– muchos títulos más. Historiador y bibliotecario le caen bien, pero fue también un destacado deportista cultivando varias disciplinas como atletismo, tenis, esquí, tanto de agua como de nieve (era un verdadero kamikaze); hizo ciclismo, motociclismo, automovilismo, vuelo libre, ala delta, paracaidismo, rafting y muchas locuras más, pero el velerismo fue su pasión y lo llevó a niveles internacionales habiendo representado a México en eventos Centroamericanos, Panamericanos y Olímpicos (1964) tripulando su barco llamado «El bigote navegante».

El médico, cirujano, historiador, bibliotecario, deportista se convirtió naturalmente en explorador, arqueólogo y antropólogo efectuando trabajo de campo

en el altiplano mexicano, en las selvas, ríos y desiertos de su país incluyendo las Barrancas del Cobre, (mayor que el Cañón del Colorado el cual, también cruzó por el río) o los desolados cañones de los huicholes. Se internó en las intrincadas selvas de Mesoamérica y Sudamérica, trabajo en Egipto, Grecia, el Mediterráneo, India, África y Australia. Fue un caminador incansable e inalcanzable.

El médico, investigador, historiador, escritor, bibliotecario, deportista, arqueólogo, explorador, antropólogo, ecologista también fue fotógrafo y erudito en pintura, coleccionista de arte, protector de artistas e impulsor de jóvenes valores. Amante apasionado fue desde temprana edad.

De la eterna compañera de su vida, Leonor Prieto, Don Fernando una vez me confesó «El más preciado regalo que he recibido en la vida es la compañía de Leonor. Adorable mujer con la que he tenido un largo y perdurable *affaire* amoroso.» Ciertamente, Leonor fue un regalo para todos los que con ella convivimos.

Los buenos genes heredados de su padre y de su madre doña Carmen, enriquecidos con los de Leonor Prieto y, por el amor que siempre se profesaron, fructificaron en ocho hijos «*fabricados*», casi a imagen y semejanza de sus progenitores y herederos de las características, cualidades y virtudes de sus padres. A ellos les deseamos que pronto encuentren consuelo de su irreparable pérdida.

Los que tuvimos el privilegio de convivir estrechamente y educarnos profesionalmente con este notable y probo individuo, podemos atestiguar que Leonor Prieto no sólo fue madre de sus hijos sino que también adoptó como propios a todos aquellos jóvenes médicos, mexicanos o no que, emparentados por la relación profesional, recibimos los cuidados,

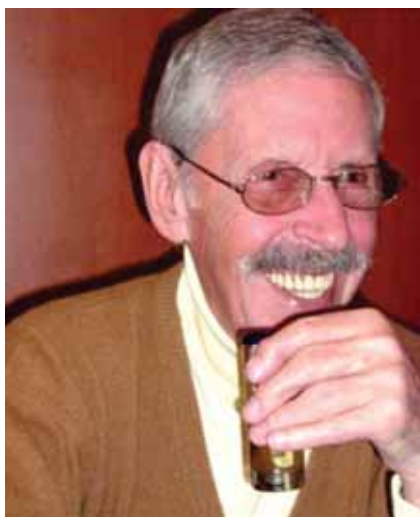
el apoyo, consejos, amor y muy frecuentemente hasta ayuda económica de «Los Jefes Ortiz Monasterio» que nos integraron en una verdadera relación filial, hermandad y comunión con ellos. No hay forma de agradecerlo más que honrar eternamente su memoria y actuar como siempre nos enseñaron.

Ortiz Monasterio fue un buen hijo, magnífico hermano, esposo cumplidor, padre afectuoso, un trabajador incansable, optimista por naturaleza, nacionalista a morir, franco de carácter, culto, absorbente y cauteloso, divertido y muy participativo de la fiesta.

Un magnífico profesor, muy generoso que vivió para fabricar y transmitir ideas y conocimientos pero sobre todo, tuvo el gran don de conquistar amigos. Donde quiera que pasara, supo cultivar la amistad. Fernando fue un gran amigo.

En 1996, en una ceremonia organizada en su honor en Nueva York, en su discurso, con voz clara y firme dijo: «Hacer bien el trabajo de uno, es gratificante. Cuando la búsqueda permanente por obtener mejores resultados o diferentes soluciones es incorporada a tu





armamentario; cuando te ves envuelto en un sueño imposible que es la búsqueda de la excelencia; cuando la flama de la pasión ilumina tu diaria labor, entonces el trabajo se vuelve fascinante, excitante y llega a ser la más maravillosa aventura intelectual en que alguien se pueda involucrar.

»He tenido la oportunidad durante 50 años de vida profesional de ser un observador y, en mínima proporción un participante de la evolución y desarrollo de mi especialidad. Si poseo una cualidad, ésta es la longevidad y... esto, por supuesto, no tiene mérito pero sí tiene un secreto, el cual, considero ya es tiempo de dárselos a conocer: Yo me he pasado la vida expuesto a muchas estimulantes ideas propuestas por mis colegas, me he pasado la vida rodeado por jóvenes, inteligentes, inquisitivos, iconoclastas estudiantes. Con ellos aprendí a sentir su energía y luego aprendí a robárselas. Esa es la fórmula de la longevidad.... Bueno...., esa es la mitad de la fórmula.... De ¿cómo lo hago? ¿cómo me robo la energía? Eso permanecerá en secreto que sólo pretendo revelárselos hasta que cumpla mis próximos 50 años de actividad profesional.» Ahí quedó. No conozco a nadie que haya podido averiguar la otra mitad de la fórmula.

Así, al médico –con todos los otros títulos que podemos agregarle– también podemos llamarle Filósofo

Ladrón de Energía. Un cometa que, con su pequeño núcleo, irradia una luminosa cauda que se extiende en el espacio y riega su luz por donde transita, iluminando a todos los que lo rodean. Ese fue Fernando Ortiz Monasterio, un individuo de esos que como los cometas, aparecen de vez en cuando pero todo lo iluminan. Su llama no se extinguirá mientras su cauda siga con nosotros.

Finalmente, podemos decir que Don Fernando vivió como quiso. Hizo mucho más de lo asignado. Cumplió con creces y sobrepasó las expectativas. Sus enseñanzas flotarán eternamente en el espacio y mientras exista un individuo que lo lea y analice, Ortiz Monasterio vivirá eternamente.

Gracias, Jefe, ahora Usted puede descansar en Paz. Nosotros, tristemente, lo vamos a extrañar.

Dirección para correspondencia:

Dr. Ignacio Trigos Micoló

Durango 33-5,

Col. Roma, 06700, México, D.F.

E-mail: dritrigos@live.com.mx